

Bolivia (II)

PARABOLA DE LA MINA

Víctor Codina

I.- LA MINA

He llegado a Huanuni para dar unas charlas de una semana sobre la Teología de la Liberación. Huanuni, a 50 kms. de Oruro, es una población minera con 30.000 habitantes. Es una de las minas más grandes y más rentables de estaño de toda Bolivia. Toda la población, vive y muere- en torno a la mina.

Hemos conseguido permiso para visitar la mina un pequeño grupo: dos españolas de la Institución Teresiana, una boliviana, un religioso belga flamenco y yo. A las ocho de la mañana todos estábamos en la puerta del recinto de la empresa minera. Hace frío; estamos a 4.000 mts.

Un ingeniero nos explica la riqueza de la mina, los siglos que lleva en explotación, los niveles de trabajo. Nos acompaña como guía Don Pancho, un hombre gordo y con bigote, que conoce la mina desde más de 30 años. Un hijo suyo desapareció en el golpe militar de García Meza del año 80.

Antes de entrar tiene lugar el ritual casi litúrgico de revestirse: botas, impermeable amarillo, casco ("guardatojos"), la luz fijada en el casco... Subimos a una especie de ascensor primitivo, por el exterior, hasta el nivel O. Entramos en la mina en fila india, en el suelo las vías para las vagonetas que transportan el material al exterior de la mina. Nos adentramos en un mundo oscuro, frío y lleno de barro. Después de un rato de andar llegamos a una especie de sala donde está el ascensor o elevador. Un hombre lleva la dirección y el control. Todo, muy primitivo y rudimentario, con unas señales de control muy poco sofisticadas. Bajamos en la jaula hasta 160 mts. de profundidad y vamos recorriendo la mina. Los mineros nos saludan. Uno nos dice "Good morning". Tengo una terrible sensación de forastero, de "gringo".

En un lado encontramos la sala que hace de comedor, toda pintada de verde, con una red para evitar la caída de piedras del techo. La preside la estatua del Sagrado Corazón. Es el lugar donde los mineros comen a mediodía con la comida que los familiares les llevan. Después de un largo recorrido de varios kilómetros, el aire se hace espeso, cues-

ta respirar, hace calor. De vez en cuando nos arrimamos a la pared para dejar salir una vagoneta cargada del mineral grisáceo y pesado. Llegamos a un lugar donde la galería se acaba. Unos mineros están abriendo una nueva galería, ya que han encontrado una "veta" de mineral. Con el compresor taladran la roca, la perforan para poder meter los cartuchos de dinamita que por la tarde harán explotar. Ruido infernal, es difícil respirar entre el humo y el polvo. Los mineros van masticando hojas de coca que les da energía y una cierta insensibilidad al cansancio. Un minero se queja de la poca presión de aire en el compresor: "Después querrán que produzcamos más..."

Volvemos hacia atrás. A mano izquierda la galería se ensancha y encon-

tramos una entrada con bancos y la estatua del TIO, una imagen del demonio, de tamaño natural, con la máscara de los diablos del Carnaval, vestido con una capa roja bordada y un delantal que medio cubre el signo de su masculinidad. En la boca lleva un "pitillo" y en la falda botellas de cerveza y alcohol, hojas de coca,... ofrenda de los mineros cada primer viernes de mes. Los mineros le consideran como una divinidad favorable del mundo subterráneo, o tal vez más exactamente, como el espíritu benéfico de debajo tierra, con el cual conviene estar en buenas relaciones, ya que también puede gastar bromas pesadas...

Seguimos la marcha. Encontramos un lugar de sanidad para los primeros auxilios. Poca cosa. Cada día hay dos o tres accidentes leves: caídas, heridas.



De vez en cuando los hay graves: el cable del ascensor que falla, unos mineros que quedan atrapados en la galería, el gas tóxico... La vida del minero es dura y corta: no pasa de los 35-45 años. Sili-cosis, tuberculosis, accidentes...

A medida que vamos saliendo de la mina el aire es más puro, más frío, se respira mejor. Llegamos a la boca de la mina hacia las 11:30. Una vagoneta va cargando los paquetes de comida para los mineros, que les han traído las mujeres y los hijos (hay huelga de escuelas...). Son unas bolsitas con una tarjeta indicando el nombre de cada minero y la sección de la mina. Es la única nota de ternura que encontramos en medio de la dureza del trabajo.

Hace sol, el cielo es azul, tenemos la impresión de volver a la vida y a la libertad. Delante de nosotros las montañas de color amarillito y verde; abajo, el pueblo de Huanuni con sus casitas alineadas ("campamentos") y el río de color gris, por el estaño que arrastra, donde aún hombres y mujeres intentarán rescatar de la arena el material arrastrado.

Volvemos a casa cansados y pensativos.

II. LA PARABOLA

La mina me parece como una parábola de Bolivia, de América Latina, de todo el Tercer Mundo, de los países del SUR. Todo este mundo de pobreza es como el fondo de la mina: un lugar oscuro, húmedo, irrespirable, lleno de peligros, una especie de infierno de la humanidad, donde unos pobres hombres trabajan, luchan y mueren para arrancar de las entrañas de la tierra un mineral que otros, desde fuera, harán suyo.

El estaño que los mineros sacan con sus vagonetas será procesado, volatilizado y vendido a bajo precio en el exterior del país. El mercado de Londres pone el precio del estaño y los grandes consorcios del mundo procuran que este precio sea cada vez más bajo.

Este estaño que cuesta los pulmones de los mineros bolivianos se convertirá en armamentos, vehículos, bidones, relojes, latas de cerveza y de Coca-cola, cubiertos, ceniceros, cálices, objetos de arte o de consumo.

El mundo de la mina dependiendo del exterior simboliza los países del Sur que dependen de los países del Norte: Europa, USA... El mundo de fuera-mina no se interesa por los mineros, sólo por el estaño. Los mineros son un puro instrumento para producir, una máquina más, una herramienta. El mundo de fuera-mina no sólo se aprovecha del

trabajo de los mineros sino que los critica: "trabajan poco, beben mucho, son unos ignorantes, están llenos de supersticiones, hacen huelgas, siempre están descontentos, son una raza inferior..." Esta es muy a menudo la impresión de los países desarrollados sobre los países del Tercer Mundo. No se sienten culpables en absoluto de lo que sucede bajo tierra. Ni se lo pueden imaginar...

En esta parábola sólo un rayo de esperanza: los niños y las mujeres de los mineros que cada mediodía llevan las bolsitas con la comida a los mineros. Ellos sí que los aman, nunca se olvidan de sus maridos, y, cuando hay un accidente, se pasan día y noche en la bocamina, esperando ver salir vivo o muerto al marido. Ellas son solidarias con ellos, son la imagen de la misma solidaridad que quisieran liberarles de aquellas condiciones de trabajo tan duras. Una solidaridad débil y a la vez fuerte, como la misma mujer.

Por otra parte los mineros se juntan y se unen para luchar contra el mundo de fuera que les explota. ¿No será el mismo culto al "TIO" una forma de resistencia activa contra las divinidades extranjeras de los poderosos, que los han esclavizado desde siglos, a vivir en los infiernos...?

III. LECTURA CRISTIANA DE LA PARABOLA

La parábola de la mina tiene un sentido cristiano desde que Cristo bajó a nuestro mundo oscuro y triste del pecado y plantó su tienda entre nosotros. El se hizo solidario de nosotros, en todo igual a nosotros excepto en el pecado (He. 4,15), para liberar a todos los que estaban atados toda la vida a la esclavitud (He. 2,15).

Jesús entró en nuestro mundo no por la puerta grande del poder o de la riqueza, sino por la puerta estrecha del servicio: Belén, Nazaret, una carpintería, unos compañeros pescadores, unos enfermos que lo seguían por todas partes, mujeres de mala reputación que se le acercaban, los marginados de toda clase que comen con él... se enfrentó con el mundo del poder religioso y político, y su crucifixión es la expresión de que toda solidaridad con los pobres es conflictiva.

La tradición primitiva bíblica y la tradición patrística hablan del descenso de Jesús a los infiernos: es un bajar el corazón de la tierra (Mt L2, 40), al lugar de la muerte, al Hades, al Sheol, lugar oscuro, húmedo, triste. Es como bajar a la mina... Y Jesús sale de los infiernos

liberando a los cautivos del reino de la muerte. La iconografía oriental ha expresado plásticamente en el icono de la resurrección: Jesús sale de los infiernos arrastrando a Adán y Eva, la nueva humanidad.

Desde entonces los cristianos hemos de seguir este difícil camino de la solidaridad, de encarnación en los lugares donde hay muerte y opresión, de descenso a los infiernos de nuestro mundo (también a los infiernos del Primer mundo) para liberar, o mejor, para cooperar a que ellos mismos se liberen. Hay que bajar a la mina, es preciso que "los santos vayan a los infiernos", como dijo Cesbron hace más de treinta años...

La lectura cristiana de la parábola de la mina tiene también un sentido escatológico: los pobres juzgarán a los ricos (Mt 25), los de dentro de la mina juzgarán a los que viven fuera de la mina, felices y contentos bebiendo Coca-cola y viajando en avión, indiferentes ante el dolor del mundo pobre. Juan Pablo II lo formuló en el Canadá (Edmonton), en septiembre del 84 con mucha fuerza: los países pobres del Sur serán los jueces de los países ricos del Norte.

Si la Iglesia no es capaz de "bajar a la mina", no podrá ser nunca sal y luz del mundo. Formará parte de los "de fuera": los ricos, los sabios, los científicos, los empresarios, los banqueros, los "gringos"...

Al terminar mis charlas sobre la Teología de la Liberación, Emiliana, una mujer minera luchadora, estaba encinta y a punto de dar a luz, me dijo: "Lo veo claro. Hay que unir la fe y el compromiso".

Esa mujer minera encinta y a punto de dar a luz es como la versión minera de la mujer del Apocalipsis que pare un hijo a quien el dragón pretende devorar (Ap. 12). Aparentemente las fuerzas del mal son más fuertes que la debilidad de una pobre mujer encinta. El dragón de la mina es terrible y da miedo. Pero, en realidad, a través de los dolores de parto de los pobres de la tierra está naciendo un mundo nuevo, más solidario, donde la fe y el compromiso vayan unidos.

Si las mujeres de los mineros llevando cada día la comida a sus maridos simbolizan la solidaridad, Emiliana, a punto de dar a luz, simboliza la esperanza en el Dios de la vida y de la Resurrección. La Esperanza, como ya decía Péguy, es una virtud pequeña y débil como una niña, pero que agrada mucho a Dios.

Los mineros y sus mujeres nos evangelizan. Esto también forma parte de la lectura cristiana de la parábola de la mina...